

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 42

LUCIANO

OBRAS I

INTRODUCCIÓN GENERAL POR
JOSÉ ALSINA CLOTA
TRADUCCIÓN Y NOTAS POR
ANDRÉS ESPINOSA ALARCÓN

RELATOS VERÍDICOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por
ALFONSO MARTÍNEZ DÍEZ.

EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1996.

PRIMERA EDICIÓN, 1981.

1.^a REIMPRESIÓN.

Depósito Legal: M. 42676-1996.

ISBN 84-249-1602-6. Obra completa.

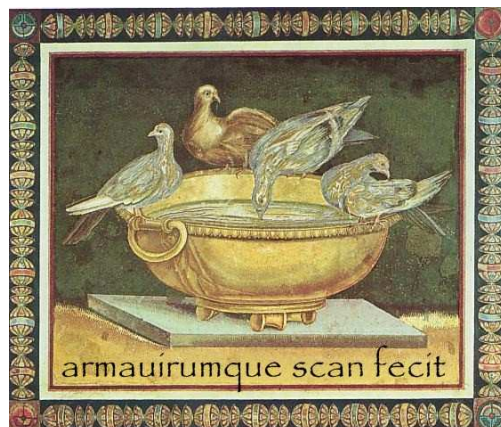
ISBN 84-249-0153-3. Tomo I.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A.

Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial.

Leganés (Madrid), 1996.



EDITORIAL GREDOS

ÍNDICE GENERAL*

INTRODUCCIÓN GENERAL	7
1. Panorama general del siglo II d. C.	7
2. Apuntes sobre la vida	22
3. La obra de Luciano	27
4. El escritor	33
5. El mundo de las ideas en Luciano	46
6. Luciano y la posteridad	55
7. La transmisión: manuscritos y ediciones	66
8. La traducción	69
1-2 <i>Fálaris</i>	71
3 <i>Hipias o El baño</i>	85
4 <i>Preludio. Dioniso</i>	90
5 <i>Preludio. Heracles</i>	96
6 <i>Acerca del ámbar o Los cisnes</i>	101
7 <i>Elogio de la mosca</i>	104
8 <i>Filosofía de Nigrino</i>	110
9 <i>Vida de Demonacte</i>	130
10 <i>Acerca de la casa</i>	146
11 <i>Elogio de la patria</i>	161
12 <i>Los longevos</i>	166
13-14 <i>Relatos verídicos</i>	176
15 <i>No debe creerse con presteza en la calumnia</i>	228
16 <i>Pleito entre consonantes: la «Sigma» contra la «Tau» en el Tribunal de las Siete</i>	
<i>Vocales</i>	
17 <i>El banquete o Los lapitas</i>	252
18 <i>El pseudosofista o El solecista</i>	274
19 <i>La travesía o El tirano</i>	290
20 <i>Zeus confundido</i>	313
21 <i>Zeus trágico</i>	326
22 <i>El sueño o El gallo</i>	362
23 <i>Prometeo</i>	393
24 <i>Icaromenipo o Por encima de las nubes</i>	407
25 <i>Timón o El misántropo</i>	434

Textos griegos de Luciano: <http://sites.google.com/site/ancienttexts/gk-l2>

Obras de Luciano en inglés: <http://www.sacred-texts.com/cla/luc/fowl/index.htm>

* La paginación corresponde a la edición original seguida [Nota del escaneador].

13-14

RELATOS VERÍDICOS

Esta obra, dividida tradicionalmente en dos libros, forma parte de la llamada «literatura de evasión», tan arraigada en el imaginativo espíritu heleno, necesitado en múltiples ocasiones de relatos distensores de su arduo quehacer intelectual. No deja, sin embargo, de ofrecer por ello un marcado carácter paródico de esa misma literatura, satirizándola finamente en mil detalles (preámbulo, hipérbolos, fórmulas estereotipadas, etc.), al igual que el *Quijote* es libro de caballerías y parodia caballeresca.

Los precedentes «novelescos» para esta literatura de aventuras arrancan del propio Homero de la *Odisea* y otras leyendas épicas. Entre este género y la prosa jónica median notables afinidades (cf. la aceptación de mitos y leyendas por el propio Heródoto), que, en cuanto a introducción de *ápiста* o elementos maravillosos, llegan a su culminación en la historia «novelada» de Ctesias de Cnido (s. IV a. C.), autor de unas «narraciones persas», y en los «relatos indios» de Megástenes, alrededor del 300 a. C.

Estos relatos altamente imaginativos de viajes fantásticos están, en definitiva, en la misma línea de respuesta al reto sociológico de «necesidad de evasión» que la novela griega, y tan sólo media entre aquéllos y ésta —al menos en el caso de Luciano— la esencial diferencia de no hallarse en ellos el típico patetismo erótico de la novela. Como es sabido, en tiempos recientes los hallazgos papirológicos han modificado sustancialmente la cronología tradicional de A. Nicolai y E. Rohde para ésta, rebajándola al siglo I a. C. en lo referente a sus inicios. El propio Luciano menciona a Yambulo, cuya narración novelesca de sus viajes no contenía por lo demás, según parece, elementos eróticos; ello ocurre ya, en cambio, en *Los prodigios más allá de Tule* del pitagórico ANTONIO DIÓGENES, de finales del siglo I y comienzos del II d. C., cuya obra, según nos advierte Focio, también parodió LUCIANO en sus *Relatos verídicos*. Hay, sin duda, un cúmulo de escritos de novelistas y autores de relatos novelescos, conocido muy parcialmente por nosotros, que sirve de punto de partida, siquiera sea con fines paródicos, a nuestro autor. Sobre todo ello la *Quellenforschung* se debate en ingeniosos estudios, a veces más conjeturales que indiscutibles.

El objetivo esencial de Luciano es entretener al lector, al tiempo que intenta ridiculizar a los autores de relatos prodigiosos y legendarios (cf. I 1-4). A partir de I 5, se inicia la parodia novelesca propiamente dicha: navegación allende las Columnas de Heracles por el Océano de Occidente, tempestad, isla de las vides, viaje aéreo, nueva tempestad y arribada a la Luna, encuentro con los «cabalgabuitres» y con el rey Endimión, batalla con el Sol por la Estrella de la Mañana, naturaleza sorprendente de los selenitas, visita a la Ciudad de las Lámparas, contemplación de Nubecucuillos, «amerizaje» de la nave voladora, deslizamiento de ésta con la tripulación en el interior de una gigantesca ballena, vida en el cetáceo con otros hombres y luchas con pueblos monstruosos, y visión de los hombres-islas. Aquí termina el libro primero, que comprende 42 capítulos.

El libro II, tal vez más logrado, se inicia con la muerte de la ballena, ideada por Luciano y sus compañeros incendiando el bosque que había en su interior. Una vez libres del monstruo, prosiguen su aventurera navegación: tempestad y deslizamiento sobre el mar helado, arribada a la isla de Quesia, encuentro con los «corchópodos», desembarco en la isla llamada «de los Dichosos» (en el Hades) y encuentro con Radamantis, estancia como huéspedes de los héroes y descripción de sus costumbres, encuentro con Homero, los juegos llamados «Mortuorios», batalla con los impíos, huida de Cíniras con Helena de Troya (única concesión, de pasada, al tema erótico) y consiguiente expulsión de Luciano y sus compañeros de la isla de los Dichosos, visión de las islas de los Impíos (en ellas sitúa Luciano a Ctesias y Heródoto, entre otros, por embaucadores), estancia en la isla de los Sueños, arribada a la isla Ogiqia para entregar a Calipso el mensaje de Ulises que éste le confiara en la isla de los Dichosos, encuentro con los calabazapiratas y los nueznautas, hallazgo de los «cabalgadelfines», el nido de alción gigante, prodigios «nemorosos», hallazgo de la gran sima del agua cortada, encuentro de los bucéfalos y hombres-embarcación, aventura de las «perniburras», arribada al otro continente y naufragio. Este segundo libro consta de 47 capítulos y concluye con la promesa incumplida de Luciano: «Lo que ocurrió en el otro continente lo relataré en los libros que siguen.» Tal vez nunca estuvo en su ánimo hacerlo, y nos hallamos en presencia de un tópico retórico más, de un final sorprendente lleno de misterio y —valga la expresión— relieve tridimensional, a los que tan aficionado es el escritor.

Tal vez los momentos más felices del ameno relato correspondan a la descripción de las peculiaridades y régimen de vida de los selenitas (I 22-26), la pintura del interior del cetáceo

(I 31-36), la isla de los Dichosos (II 5-27) y la de los Sueños

(II 32-34). En esta última narración, Luciano altera el relato homérico y lo amplía haciendo gala de su fértil imaginación. Dentro del respeto a la lengua ática más pura, Luciano se permite, esporádicamente, algún jonismo (doble sigma, desinencia *-ato*) para parodiar el dialecto de estos prosistas. Muchos rasgos paródicos y giros estilísticos imitativos de sus modelos se nos escapan hoy al desconocer éstos.

Grande fue la influencia ejercida por los *Relatos verídicos* en la literatura posterior. En ellos se inspiró Wieland, traductor de Luciano en la Alemania renacentista, en parte al menos, para escribir sus *Diálogos en el Eliseo*. En Francia, Cyrano de Bergerac los imitó en su *Histoire comique d'un voyage à la Lune*. También hallamos un eco del samosatense en el Voltaire del *Micromegas* y, en este mismo siglo XVIII y en Inglaterra, en los *Viajes de Gulliver*, de J. Swift.

La primera traducción al español de los *Relatos verídicos* se debe a FRANCISCO DE ENZINAS (con el título de *Historia verdadera*, Argenterati, 1551). Según A. TOVAR (*Luciano*, Barcelona, 1949, página 289), son «el modelo remoto de *Persiles y Sigismunda*». Para este mismo autor, el eco lucianesco resuena en toda nuestra literatura picaresca: «El tono autobiográfico, que tan cruel re-sulta para narrar las desgracias y humillaciones del héroe, está aprendido en el *Asno* y en la *Historia verdadera*» (*ibid.*, pág. 300).

Réstanos por decir que no hay asideros cronológicos convincentes para fechar la composición de esta obra, pero todo parece indicar —estilo, perfección literaria, etc.— que pertenece a un momento avanzado de la producción lucianesca (cf. L. *Antología de Luciano*, Madrid, 1970, pág. 199).

1 Al igual que los atletas y quienes tratan de mantenerse en forma no sólo cuidan de su estado físico y entrenamiento, sino también de su oportuna relajación —por entender que es la parte principal de su preparación—, asimismo interesa a los intelectuales, a mi parecer, tras una prolongada lectura de los autores más serios, relajar su mente y hacerla más vigorosa para su esfuerzo futuro.

2 Resultaría acorde con ellos el descanso si tomaran contacto con aquellas lecturas que no sólo ofrecen pura evasión, fruto del ingenio y humor, sino las que presentan un contenido no ajeno a las Musas, como creo que ellos estimarán en el caso de esta obra; no sólo les atraerá lo novedoso del argumento, ni lo gracioso de su plan, ni el hecho de que contamos mentiras de todos los colores de modo convincente y verosímil, sino además el que cada historia apunta, no exenta de comicidad, a alguno de los antiguos poetas, historiadores y filósofos, que escribieron muchos relatos prodigiosos y legendarios; los habría citado por su nombre, si no se desprendieran, en tu caso¹, de la lectura.

3 <... Citemos, por ejemplo, a>² Ctesias de Cnido, hijo de Ctesioco³, que escribió sobre la India y sus peculiaridades aquello que él personalmente jamás vio, ni oyó de labios fidedignos. Escribió también Yambulo muchos relatos extraños acerca de los países del Gran Mar, forjando una ficción que todos reconocen, aunque construyendo un argumento no exento de interés. Muchos otros, con idéntica intención, escribieron sobre supuestas aventuras y viajes de ellos mismos, incluyendo animales monstruosos, hombres crueles y extrañas formas de vida. Su guía y maestro de semejante charlatanería es el Ulises de Homero, que disertó ante la corte de Alcínoo⁴ acerca de vientos en esclavitud y de hombres de un ojo, caníbales y salvajes; y, además, de animales de múltiples cabezas y las transformaciones de sus compañeros a causa de los elixires: con múltiples relatos de ese género dejé maravilladas a gentes tan simples como los feacios.

4 Pues bien, después de tomar contacto con todos esos autores, llegué a no reprocharles demasiado que engañen al público, al notar que ello es práctica habitual, incluso, entre los consagrados a la filosofía⁵. Me sorprendió en ellos, sin embargo, que creyeran escribir relatos

¹ Luciano se dirige al lector.

² Al parecer, hay lagunas en los mss. Seguimos la lectura conjetural *hoion*, de Bekker.

³ Tanto Ctesias de Cnido como Yambulo son prototipos de autores de relatos fantásticos. Sus escritos se han perdido, así como los de Antonio Diógenes, posible fuente de Luciano según Focio (cf. Introducción).

⁴ Cf. *Odisea* desde el canto IX.

⁵ Parece un ataque a PLATÓN (*República* X 614a y ss.), según apunta el propio escoliasta.

inverosímiles sin quedar en evidencia. Por ello mi personal vanidad me impulsó a dejar algo a la posteridad, a fin de no ser el único privado de licencia para narrar historias; y, como nada verídico podía referir, por no haber vivido hecho alguno digno de mencionarse, me orienté a la ficción, pero mucho más honradamente que mis predecesores, pues al menos diré una verdad al confesar que miento. Y, así, creo librarme de la acusación del público al reconocer yo mismo que no digo ni una verdad. Escribo, por tanto, sobre cosas que jamás vi, traté o aprendí de otros, que no existen en absoluto ni por principio pueden existir. Por ello, mis lectores no deberán prestarles fe alguna.

5 Inicié mi navegación un día desde las Columnas de Heracles, rumbo al Océano de Occidente, con viento favorable. El motivo y el propósito de mi viaje eran mi gran actividad intelectual, mi afán por los descubrimientos y el deseo de averiguar qué era el fin del Océano y qué pueblos vivían a la otra orilla. A este propósito preparé abundantes víveres, añadí también agua suficiente y enrolé a cincuenta compañeros de mi edad, que compartían mi proyecto; preparé también un buen número de armas, recluté al mejor piloto tras Convencerle con un gran sueldo, y reforcé mi embarcación — era una nave ligera— para tan larga y difícil travesía.

6 Navegamos un día y una noche a favor del viento, sin avanzar demasiado, avistando aún tierra; pero al amanecer del segundo día el viento arreció, Creció el oleaje y sobrevino la oscuridad, sin que pudiéramos ni izar la vela. Nos confiamos, pues, y entregamos al vendaval, y sufrimos la borrasca durante setenta y nueve días; pero al octogésimo brilló el sol de repente y divisamos, no lejos de nosotros, una isla elevada y frondosa, en cuyo derredor resonaba un oleaje nada agitado, pues ya había amainado lo más duro de la tormenta⁶.

Arribamos al fin y, tras desembarcar, como consecuencia de nuestra larga fatiga, yacimos en tierra durante mucho rato, pero al fin nos levantamos y designamos a treinta de nosotros para permanecer de guardia en la nave, y a veinte para penetrar conmigo a explorar el interior de la isla.

7 Tras avanzar unos tres estadios desde el mar a través del bosque, descubrimos una estela de bronce, con una inscripción en caracteres griegos borrosos y gastados que decía: «Hasta aquí llegaron Heracles y Dioniso.» Había también dos huellas de pisadas cerca, en la roca, una de un pletro y otra menor, siendo —a mi parecer— la más pequeña de Dioniso y la otra de Heracles⁷. Tras venerarlas, proseguimos la marcha, y aún no nos habíamos distanciado mucho cuando llegamos al borde de un río de vino en todo semejante al Quiota⁸. La corriente era abundante y copiosa, de modo que en algunos lugares era navegable. Así nos sentimos mucho más inclinados a creer en la inscripción de la estela, al ver las pruebas de la visita de Dioniso. Decidí averiguar dónde nacía el río, y subí bordeando su corriente, mas no encontré fuente alguna, sino numerosas y grandes vides cargadas de racimos; de cada raíz fluía un hilo de vino claro, y de ellos surgía el río. Podían verse muchos peces en él, muy semejantes al vino en colorido y sabor; nosotros, a la sazón, capturamos algunos y al comerlos nos embriagamos; naturalmente, al abrirlos, los hallamos llenos de posos de vino. Más tarde se nos ocurrió mezclarlos con los otros peces, los de agua, y rebajamos la fuerza de aquel vino comestible.

8 Luego atravesamos el río por una zona vadeable y hallamos algo maravilloso en las vides: la parte que surgía de la tierra, la cepa propiamente dicha, era vigorosa y robusta, y en la parte superior eran mujeres, totalmente perfectas desde la cintura, de igual manera que nuestros pintores representan a Dafne convirtiéndose en árbol al sujetarla Apolo. De las puntas de sus dedos nacían sarmientos cargados de racimos; asimismo, eran su tocado zarcillos, pámpanos y racimos. Al acercarnos nosotros, nos acogieron con su bienvenida, hablando unas en lidio, otras en indio, mas la mayoría lo hacían en griego, y nos besaban en los labios. El que recibía el beso quedaba al punto ebrio y vacilante. No permitían, sin embargo, que tomáramos de su fruto, sino que se dolían y lanzaban gritos cuando les era arrancado. Algunas deseaban unirse a nosotros, y dos de mis compañeros, que se llegaron a ellas, no pudieron separarse, sino que quedaron trabados por las partes pudendas, pues se fundieron y enraizaron juntos: ya antes habían brotado sarmientos de sus dedos y, trenzados de zarcillos, también ellos se disponían a producir frutos en un instante.

⁶ El pasaje parece un lugar común en los relatos fantásticos.

⁷ Cf. HERÓDOTO, IV 82. El pletro mide 29,6 m., y es la sexta parte del estadio.

⁸ Cf. Ctesias (Foco, *Bibl.*, cod. LXXII 46 a).

9 Dejándoles, huimos a la nave y contamos todo a los que allí habían quedado, y en especial la unión de los compañeros con las vides. Entonces tomamos unas ánforas y nos aprovisionamos a un tiempo de agua y vino del río; y acampamos cerca de allí, en el litoral, para zarpar a la aurora con viento no demasiado fuerte.

Hacia el mediodía, cuando ya no se divisaba la isla, sobrevino de repente un tifón que hizo girar la nave y, elevándola por el aire unos trescientos estadios, ya no la dejó descender al mar, sino que, hallándose en las alturas, sopló viento sobre su velamen y la arrastraba a vela hinchada.

10 Por siete días y otras tantas noches viajamos por el aire, y al octavo divisamos un gran país en el aire, como una isla, luminoso, redondo y resplandeciente de luz en abundancia. Nos dirigimos a él y, tras anclar, desembarcamos, y observando descubrimos que la región se hallaba habitada y cultivada. Durante el día nada divisábamos desde allí, pero al hacerse de noche empezaron a aparecérsenos muchas otras islas próximas —unas mayores, otras más pequeñas— de color semejante al del fuego. Vimos también otro país abajo, con ciudades, ríos, mares, bosques y montañas, y dedujimos que era la Tierra.

11 Decidimos seguir avanzando, pero fuimos detenidos al encontrar a los que ellos llaman «cabalgabuitres»⁹. Los cabalgabuitres son hombres que cabalgan sobre buitres enormes, y utilizan dichas aves como caballos. Los buitres son enormes y suelen tener tres cabezas; puede inferirse su tamaño del hecho siguiente: cualquiera de sus plumas es mayor y más robusta que el mástil de un gran navío mercante¹⁰. Dichos cabalgabuitres tienen como misión sobrevolar el país y conducir ante el rey a cualquier extranjero que encuentren; por ello, nos detuvieron y condujeron ante él. Éste, después de observarnos y deducirlo de nuestros vestidos, dijo: «Vosotros sois griegos, ¿verdad, extranjeros?» Al confirmárselo nosotros, preguntó: «¿Y cómo habéis llegado hasta aquí, tras atravesar un gran trecho por el aire?» Nosotros le explicamos todo. Entonces comenzó él a contarnos su propia historia: era también un ser humano, llamado Endimión, que había sido raptado de nuestro país mientras dormía y, una vez allí, llegó a ser rey del territorio. Decía que aquel país era la Luna que vemos desde abajo¹¹. Nos exhortó a confiar y no temer peligro alguno, ofreciéndonos cuanto necesitáramos.

12 «Si triunfo —añadió— en la guerra que ahora mantengo contra los habitantes del Sol, viviréis muy felices a mi lado». Nosotros le preguntamos quiénes eran los enemigos y la causa del conflicto. «Faetonte —contestó—, el rey de los habitantes del Sol (pues aquél también está habitado, como la Luna), desde mucho tiempo atrás nos hace la guerra. Comenzó por el siguiente motivo. En cierta ocasión reuní a los más pobres de mi reino, con el proyecto de establecer una colonia en la Estrella de la Mañana¹², que se hallaba desierta e inhabitada. Celoso Faetonte, impidió la colonización, saliendo al paso a medio camino al frente de sus cabalgahormigas¹³. Entonces fuimos vencidos (pues no estábamos a su altura en preparación) y nos retiramos; pero ahora deseo reanudar la guerra y fundar la colonia. Si lo deseáis, podéis participar conmigo en la expedición, y os proporcionaré a cada uno de vosotros un buitre real y el armamento necesario. Mañana partiremos». «De acuerdo —dije yo—, puesto que es tu designio.»

Desde entonces permanecemos con él en calidad de huéspedes, y con la aurora nos levantamos a ocupar nuestros puestos, pues los atalayas señalaban que el enemigo estaba cerca. Integraban nuestro ejército cien mil soldados, sin contar los portadores, los ingenieros, la infantería y los aliados extranjeros. De ellos, ochenta mil eran cabalgabuitres, y veinte mil, jinetes sobre plumaverdes¹⁴ —se trata también de un ave descomunal, que, en vez de plumas, está cubierta enteramente de hortalizas, y sus alas son en extremo semejantes a las hojas de lechuga—. A continuación estaban alineados los lanzamijos¹⁵ y los ajoguerreros¹⁶. Habían venido también aliados

⁹ Griego *Hippógypoi*. En pro de la intelección y expresividad, optamos por traducir estos nombres de seres fantásticos en lugar de transcribirlos. (Cf. MANUEL F, GALIANO, *La transcripción...*, página 6, párrafo 2.)

¹⁰ Cf. *Odisea* IX 322 ss.11

¹¹ Antonio Diógenes parece ser la fuente de inspiración (Focio, lila). Cf. el *Icaromenipo* de Luciano.

¹² Griego *Heōsphōros*, literalmente «Portadora de la aurora».

¹³ Griego *Hippomyrmēkes*. El término está atestiguado en ARISTÓTELES (*Historia de los animales* VIII 28).

¹⁴ Griego *Lachanópteroi* = «Alas de lechuga».

¹⁵ Griego *Kenchrobóloi*.

del rey de la Osa Mayor¹⁷, treinta mil pulgarqueros¹⁸ y cincuenta mil voladores¹⁹. De éstos, los pulgarqueros cabalgan sobre pulgas enormes, de las que reciben el nombre; el tamaño de dichas pulgas equivale al de doce elefantes. Los voladores son de infantería, pero se deslizan por el aire sin alas, y su técnica de deslizamiento es la siguiente: remangan sus túnicas talaes, inclinándolas al viento como velas, y se deslizan al igual que las embarcaciones. Por lo general, ellos intervienen en las batallas como peltastas. Se decía que iban a llegar también, de las estrellas de sobre Capadocia, setenta mil gorrionbellotas²⁰ y cinco mil cabalgagrullas²¹. A éstos no los vi, por lo que no me he atrevido a escribir sobre sus características, ya que se contaban de ellos portentos increíbles²²!

14 Éstas eran las fuerzas de Endimión. Todos tenían el mismo armamento: cascos de habas — sus habas son grandes y resistentes— y corazas de altramuces, todos cubiertos de escamas —cosiendo las cortezas de los altramuces fabrican corazas, pues allí la corteza del altramuz es irrompible, como el cuerno.

15 Los escudos y espadas eran como los griegos. Llegado el momento, se alinearon así. El ala derecha la ocupaban los cabalgabuitres y el rey, con los mejores guerreros a su alrededor —nosotros estábamos entre ellos—; a la izquierda estaban los plumaverdes; en el centro, los aliados, como cada uno quería. La infantería se elevaba a alrededor de los sesenta millones, y fueron alineados del modo siguiente. Las arañas en esa tierra son abundantes y enormes, y cualquiera de ellas es mucho mayor que las islas Cíclades. El rey ordenó tejer el espacio que media entre la Luna y la Estrella de la Mañana. Tan pronto como terminaron y dejaron construida una llanura, alineó en ésta a la infantería, a las órdenes de Nocturno²³, hijo de Sereno²⁴, y otros dos jefes.

16 En cuanto al enemigo, estaban a la izquierda los cabalgahormigas, y entre ellos Faetonte. Son animales muy grandes, alados, semejantes a pletros²⁵. Combatían no sólo sus jinetes, sino ellos mismos, en especial con sus antenas. Se decía que eran unos cincuenta mil. A su derecha se alinearon los aeromosquitos²⁶, también alrededor de cincuenta mil, todos ellos arqueros sobre grandes mosquitos; les seguían los aerodanzarines²⁷, infantería ligera, pero igualmente eficaz en la lucha, pues a larga distancia disparaban a honda rábanos gigantes, y quien resultaba alcanzado no podía resistir un momento, pues fallecía, y su herida desprendía mal olor —se decía que untaban sus proyectiles de veneno de malva—. A continuación de ellos se alinearon los tallohongos²⁸, hoplitas, en número de diez mil. Fueron llamados tallo-hongos porque usaban las setas como escudos, y tallos de espárragos como lanzas. Junto a ellos se situaron los perrobellotas²⁹, enviados por los habitantes de Sirio, cinco mil hombres con rostro de perro, que combaten sobre bellotas aladas. Se decía que también para Faetonte llegaban con retraso, de entre sus aliados, los honderos de la Vía Láctea³⁰ y los nublocentauros³¹; estos últimos llegaron cuando la batalla estaba ya decidida (¡ojalá no lo hubieran hecho!), pero los honderos ni siquiera hicieron acto de presencia, por lo que dicen que más tarde Faetonte, encolerizado, arrasó a fuego su territorio.

17 Con estas fuerzas avanzaba Faetonte. Trabando combate, una vez que se dio la señal y rebuznaron los asnos respectivos —pues los usan a guisa de trompeteros—, luchaban. El ala

¹⁶ Griego *Skorodomáchoi* = «Luchadores con ajos».

¹⁷ Griego *Árktos*.

¹⁸ Griego *Psyllotoxótai*.

¹⁹ Griego *Anemodrómoi* = «Corredores por el aire».

²⁰ Griego *Strouthobálanoi*.

²¹ Griego *Hippogéranoi*.

²² Tópico presente en HERÓDOTO (I 193, etc.), TUCÍDIDES (III 113) y otros historiadores.

²³ Griego *Nykterión*.

²⁴ Griego *Eudíanax* = «Soberano del tiempo sereno».

²⁵ Cf. nota 7. ¿Parodia de HERÓDOTO, III 102?

²⁶ Griego *Aerokonopes*.

²⁷ Griego *Aerokórdakes*. El *kórdax* era una danza procaz de origen lidio.

²⁸ Griego *Kaulomýketes*.²⁹

²⁹ Griego *Kynobálanoi*. HERÓDOTO (IV 191) cita a un pueblo de hombres cuya cabeza tiene la forma de la del perro.

³⁰ Griego *galaxias* (sc. *kýklos*). Preferimos la expresión latina más difundida a traducir «Círculo lácteo», si bien esta última aparece atestiguada, p. ej., en CICERÓN, *Sueño de Escipión* 3.

³¹ Griego *Nephelokéntauroi*.

izquierda de los heliotas huyó al punto, sin afrontar siquiera el ataque de los cabalgabuitres, y nosotros les perseguíamos, abatiéndolos. Pero su ala derecha vencía a nuestra izquierda, y los aeromosquitos se lanzaron hasta encontrarse con nuestra infantería. Mas cuando ésta salió en su defensa huyeron en desbandada, sobre todo cuando advirtieron que los suyos del flanco izquierdo habían sido vencidos. Se alcanzó una brillante victoria: muchos fueron apresados vivos, y muchos abatidos; la sangre fluía abundante por las nubes, hasta teñirse de color rojo, como en nuestras puestas de sol; abundante también se derramó sobre la tierra, de manera que yo supongo que algo semejante debió de ocurrir antaño en las alturas, cuando Homero creyó que Zeus había hecho llorar sangre por la muerte de Sarpedón³².

18 Cuando regresamos de la persecución, elevamos dos trofeos, uno sobre las telarañas, por el combate de la infantería, y el otro, por el combate aéreo, sobre las nubes. Precisamente, mientras los elevábamos, anunciaron los atalayas el avance de los nublocentauros, que debían haber venido antes de la batalla en ayuda de Faetonte. Ya se divisaban aproximándose; eran el espectáculo más insólito, una combinación de caballos alados y hombres. El tamaño de los hombres era el del Coloso de Rodas³³ de medio cuerpo arriba, y el de los caballos el de un gran navío mercante. Su número, sin embargo, no lo he mencionado, no sea que parezca absurdo a alguien, tan grande era. Los mandaba el Arquero del Zodíaco³⁴. Cuando vieron que sus amigos habían sido derrotados, enviaron una embajada a Faetonte para que atacara de nuevo, y ellos se lanzaron en formación sobre los desordenados selenitas³⁵, dispersos por entregarse a la persecución y al saqueo. Pusieron a todos en fuga, persiguieron al propio rey hasta la ciudad y dieron muerte a casi todas sus aves; derribaron también los trofeos, recorrieron toda la llanura tejida por las arañas y me apresaron, con dos de mis compañeros. Entonces apareció también Faetonte y, a su vez, ellos levantaron otros trofeos.

En cuanto a nosotros, fuimos conducidos al Sol maniatados a la espalda con un cabo aquel mismo día, de telaraña.

19 Los heliotas³⁶ decidieron no sitiar la ciudad, sino que, al retirarse, edificaron un muro en medio del aire, de forma que los rayos del Sol no llegaran a la Luna. El muro era doble, hecho de nubes, con lo que se produjo un auténtico eclipse de Luna, y ésta quedó sumida totalmente en una noche perpetua. Presionado por este hecho, Endimión envió una embajada y suplicó que derribaran la construcción, y no les relegaran a vivir en la oscuridad. Prometía a cambio pagar tributos, hacerse aliado y no volver a luchar, y se ofrecía a darles rehenes en garantía. Faetonte y los suyos celebraron dos asambleas: el primer día no cedieron en su cólera, pero al siguiente reconsideraron el asunto y se estableció la paz en los siguientes términos.

20 «Sobre estas bases establecieron un tratado de paz los heliotas y sus aliados con los selenitas y sus aliados. Los heliotas demolerán la muralla y no volverán a invadir la Luna; y devolverán, asimismo, los prisioneros por el precio convenido para cada uno. Los selenitas, por su parte, respetarán la autonomía de los demás astros, y no dirigirán sus armas contra los heliotas; ambos pueblos se prestarán ayuda, en caso de ser atacados; como tributo anual, pagará el rey de los selenitas al rey de los heliotas diez mil ánforas de rocío, y le dará diez mil rehenes; la colonización de la Estrella de la Mañana se hará mancomunadamente, y participará cualquier otro pueblo que lo desee; se-grabará el tratado en una estela de ámbar y se establecerá en medio del aire, en la línea fronteriza. Juraron, por los heliotas, Fogoso, Estival y Llameante; por los selenitas, Nocturno, Mensual y Muchobrillo»³⁷.

21 Así quedó establecida la paz. En seguida se demolió el muro y procedieron a nuestra devolución —éramos prisioneros de guerra—. Cuando regresamos a la Luna, salieron a recibirnos y

³² *Ilíada* XVI 459.

³³ Se refiere a la famosa estatua helenística de enormes dimensiones (290-280 a. C.), obra de Cares, situada en el puerto de Rodas.

³⁴ Griego *ho ek tou zoidiakou toxótēs*. Personificación de la constelación.

³⁵ Habitantes de la Luna, *Selēnē* en griego.

³⁶ Habitantes del Sol, *Hēlios* en griego.

³⁷ Traducimos aproximativamente estos nombres de imaginarios habitantes de ambos astros, que reflejan las cualidades atribuidas por antonomasia al Sol y a la Luna. Respecto del tratado, cf. TUCÍDIDES, V 18.

nos acogieron con lágrimas tanto nuestros compañeros como el propio Endimión. Él me rogó que permaneciera a su lado y participara en la colonización, prometiendo darme en matrimonio a su propio hijo, pues allí no hay mujeres; mas yo no acepté en modo alguno, y le rogué que me dejara descender al mar. Cuando comprendió que no lograría convencerme, nos dejó partir, tras hospedarnos siete días.

22 Entretanto, durante mi estancia en la Luna, observé muchas rarezas y curiosidades, que quiero relatar. En primer lugar, no nacen de mujeres, sino de hombres: se casan con hombres, y ni siquiera conocen la palabra «mujer». Hasta los veinticinco años actúan como esposas y, a partir de esa edad, como maridos. Y no quedan embarazados en el vientre, sino en la pantorrilla. A partir de la concepción, comienza a engordar la pierna; transcurrido el tiempo, dan un corte y extraen el feto muerto, pero lo exponen al viento con la boca abierta y le hacen vivir. A mi parecer, es de aquí de donde llegó hasta los griegos el término «pierna del vientre»³⁸, porque allí se alberga el feto, en vez de en el vientre.

Pero voy a referirme a algo aún más sorprendente. Existe allí un linaje de hombres, los llamados «arbóreos»³⁹, que nacen del modo siguiente. Cortan el testículo derecho de un hombre y lo plantan en la tierra; de él brota un corpulento árbol de carne, semejante a un falo⁴⁰: tiene ramas y hojas y su fruto son las bellotas, del tamaño de un codo; cuando están ya maduras, las recolectan y extraen de su interior a los hombres.

Además, sus partes pudendas son artificiales. Algunos las tienen de marfil, pero los pobres las usan de madera, y con ellas se unen y fecundan a su pareja.

23 Tras la vejez, el hombre no muere, sino que, como el humo, se disuelve y convierte en aire. Su alimento es para todos el mismo: encienden fuego y asan ranas sobre el rescoldo —pues las ranas son muy abundantes allí, y vuelan—; una vez asadas, se sientan en círculo, como en torno a una mesa, aspiran el humo que asciende y se dan el festín⁴¹. Así es su comida. La bebida consiste para ellos en aire exprimido en copa, destilando un líquido como el rocío. No orinan ni defecan, ni poseen siquiera el orificio anal en igual lugar que nosotros; ni tampoco los jóvenes ofrecen para el amor sus traseros, sino las corvas sobre la pantorrilla, pues en ese lugar tienen el orificio.

Se considera hermoso en el lugar al hombre calvo y pelón; los melenudos, en cambio, son despreciados. Mas a los cometas⁴², por el contrario, los consideran hermosos por su cabellera: había allí algunos forasteros que nos hablaron de ellos. Otro detalle: tienen barbas, que crecen tímidamente sobre sus rodillas, y carecen de uñas en los pies, pues todos son solípedos. Sobre las nalgas de cada uno crece una col de gran tamaño, a guisa de cola, siempre exuberante, sin ajarse cuando caen de espaldas.

24 De sus narices fluye una miel muy agria y, cuando trabajan o hacen ejercicio, sudan leche por todo su cuerpo, lo que les permite elaborar queso, extendiendo sobre éste una capa de miel. De las cebollas elaboran un aceite muy denso y aromático, como perfume. Tienen muchas vides productoras de agua, pues los granos de los racimos son como el granizo y, a mi parecer, cuando sopla viento y agita dichas vides, es cuando cae sobre nosotros el granizo, al desgranarse los racimos. Usan sus vientres como alforjas, colocando en ellos los objetos de uso corriente, pues pueden abrirlos y cerrarlos. No parecen encerrar intestinos en ellos: tan sólo una espesa cabellera interior, lo que les permite albergar a los recién nacidos cuando hace frío.

25 El vestido de los ricos es de vidrio maleable⁴³, y el de los pobres de hilado de bronce, pues abunda el bronce en aquellas regiones y lo trabajan reblandeciéndolo en agua, como la lana. En cuanto a las características de sus ojos, dudo en hablar de ello, por temor de que me juzguen mentiroso, dado lo increíble del relato. Ello no obstante, lo expondré. Tienen los ojos desmontables,

³⁸ *Gastroknémia*. Significa «pantorrilla», parte gruesa de la pierna, en forma panzuda, pero preferimos dar en el texto la traducción etimológica del compuesto antecitado, sobre el cual Luciano deja correr su imaginación.

³⁹ Griego *Dendritai*.

⁴⁰ Representación plástica del miembro viril con fines mágicos y de culto religioso a la fecundidad.

⁴¹ Cf. HERÓDOTO, I 202, IV 75; ESTRABÓN, XV 1 57.

⁴² Cometa (gr. *komētés*) significa etimológicamente «melenuado».

⁴³ ¿Se trata de una parodia de HERÓDOTO, VII 65, donde se habla de vestidos de madera?

y quien lo desea puede quitárselos y guardarlos hasta que necesite ver; entonces se los coloca y ve. Muchos, al perder los propios, los piden prestados a otros y ven. Los ricos suelen tener muchos en reserva. Tienen por orejas hojas de plátano, excepto los hombres-bellota; únicamente ellos las tienen de madera⁴⁴.

26 Vi también otra maravilla en el palacio real. Un enorme espejo está situado sobre un pozo no muy profundo. Quien desciende al pozo oye todo cuanto se dice entre nosotros, en la Tierra; y si mira al espejo ve todas las ciudades y todos los pueblos, como si se alzara sobre ellos⁴⁵. Yo vi, a la sazón, a mi familia y a todo mi pueblo, pero no puedo decir con certeza si ellos también me vieron. Quien no crea que ello es así, si alguna vez va por allí en persona, sabrá que digo la verdad.

27 Llegado el momento, nos despedimos del rey y su corte, y, tras embarcar, zarpamos. A mí diome Endimión como presentes dos túnicas de vidrio, cinco de bronce y un equipo de armas de altramuz, pero todo ello lo dejé en la ballena. Envió también con nosotros mil cabalgabuitres para que nos escoltaran quinientos estadios.

28 En la travesía cruzamos muchos otros países y nos detuvimos en la Estrella de la Mañana, recién colonizada; desembarcamos y nos aprovisionamos de agua. Tras penetrar en el Zodíaco, avanzamos con el Sol a babor, bordeando sus tierras. No descendimos a ellas, aunque mis compañeros insistían mucho, ya que el viento no era favorable. Veíamos, sin embargo, que el país era frondoso y fértil, bien dotado de agua y otras riquezas. Al vernos los nublocentauros, mercenarios de Faetonte, sobrevolaron la nave y, al comprobar que nos amparaba el tratado, se retiraron.

29 Los cabalgabuitres ya nos habían dejado. Navegamos toda la noche y el día siguiente y, al atardecer, llegamos a la denominada Ciudad de las Lámparas⁴⁶, ya en viaje de descenso. Dicha ciudad está situada entre las Pléyades y las Híades, aunque mucho más abajo que el Zodíaco. Desembarcamos, sin encontrar a hombre alguno, y sí muchas lámparas, que iban y venían y se entretenían en la plaza y en torno al puerto; unas eran pequeñas, semejantes a pobres; otras, en escaso número, grandes y poderosas, eran muy resplandecientes y ostensibles; cada una contaba con su propia mansión y candelero; tenían nombres, como las personas, y las oímos emitir palabras. No sólo no nos hicieron daño alguno, sino que nos brindaron su hospitalidad. Nosotros, sin embargo, estábamos asustados, y ninguno de nosotros osó comer o dormir. Los edificios del gobierno están establecidos en el centro de la ciudad, donde su magistrado se sienta durante toda la noche, llamando por su nombre a cada una, y la que no contesta es condenada a muerte por desertora; la muerte consiste en ser apagada. Nosotros, asistimos, vimos cuanto ocurría, y escuchamos a las lámparas defenderse y exponer el motivo de su tardanza. Allí reconcí a mi propia lámpara, le hablé y pedí que me informara de los asuntos de mi casa; y ella me dio razón de todo.

Toda aquella noche permanecimos allí, y al día siguiente levamos anclas y navegábamos ya cerca de las nubes. También allí nos maravillamos al ver la ciudad de Nubecuclillos⁴⁷, pero no nos detuvimos en ella por impedirlo el viento. Decíase que reinaba allí Cornejo, hijo de Mirlón. Y yo me acordé de Aristófanes, el poeta, varón sabio y veraz, cuyos escritos fueron injustamente puestos en duda. Dos días después divisábamos ya claramente el Océano, mas no tierra alguna, excepto los países aéreos, que iban apareciendo ardientes y con vivo resplandor. Transcurridas tres jornadas, hacia mediodía, mientras soplaba una suave brisa con tendencia a remitir, nos posamos sobre el mar:

30 Cuando tocamos el agua, experimentamos un placer y una alegría extraordinarios, nos entregamos a todos los goces posibles en aquellas circunstancias, y saltamos de la nave para nadar, pues reinaba la calma y el mar ni se movía.

Parece, sin embargo, que es muchas veces comienzo de las mayores desgracias el cambio a una situación mejor. En efecto, nosotros navegamos sólo dos días con buen tiempo, mas al amanecer del tercero, a la salida del sol, vimos de repente muchos monstruos marinos, y entre ellos ballenas. Una,

⁴⁴ Como corresponde a su *phýsis* o peculiar naturaleza.

⁴⁵ *Tópos* o lugar común. Cf. *Icaromenipo* 25, etc.

⁴⁶ Griego *Lychnópolis*.

⁴⁷ Cf. ARISTÓFANES, *Aves*, *passim*. Griego *Nephelokokkygia*.

la más grande de todas, medía unos mil quinientos estadios de longitud. Avanzaba hacia nosotros con la boca abierta, agitando el mar en un gran trecho ante sí, toda bañada en espuma, y mostrando unos dientes mucho mayores que nuestros símbolos fálicos⁴⁸, todos agudos como empalizadas y blancos como el marfil. Nosotros intercambiamos el último saludo, nos abrazamos y nos dispusimos a esperar. Ya estaba a nuestro lado, y de un sorbo nos tragó con la nave incluida, mas no tuvo tiempo de destruirnos con sus dientes⁴⁹, pues a través de los intersticios la nave se deslizó al interior.

31 Ya dentro, al principio reinaba la oscuridad y nada veíamos, pero más tarde, cuando abrió la boca, vimos una gran cavidad, toda ella plana y elevada, capaz de albergar una ciudad de diez mil hombres. Había por medio peces grandes y pequeños, y muchos otros animales triturados, mástiles y anclas de embarcaciones, huesos humanos y mercancías. En el centro había tierra y montículos, sedimentos —a mi parecer— del limo que había tragado. Sobre ésta había crecido un bosque, con árboles de variadas especies; habían brotado hortalizas, y parecía hallarse todo ello cultivado. El perímetro de la isla abarcaba doscientos cuarenta estadios. Podían verse también pájaros marinos, gaviotas y alciones, con sus nidos en los árboles.

32 Primero, lloramos un buen rato; más tarde, reanimamos a los compañeros y apuntalamos la nave; nosotros mismos, frotando el encendedor, logramos hacer fuego y preparar una cena con los alimentos a nuestro alcance. Disponíamos de peces abundantes y variados, y aún teníamos agua de la Estrella de la Mañana. Al día siguiente, al levantarnos, cada vez que la ballena abría la boca, veíamos unas veces montañas, otras sólo el cielo y con frecuencia también islas; así comprendimos que avanzaba rápidamente por todos los confines del mar. Cuando ya nos habíamos habituado a nuestra morada, tomé a siete compañeros y penetré en él bosque, deseoso de inspeccionarlo todo. Aun no había recorrido cinco estadios⁵⁰ completos cuando descubrí un templo de Posidón, según indicaba el rótulo grabado, y no muy lejos muchas tumbas con estelas; cerca había un manantial de agua clara. Escuchamos también el ladrido de un perro, apareció humo a lo lejos y creíamos distinguir una especie de alquería.

33 Avanzamos muy presurosos y nos acercamos a un anciano y a un joven, muy ocupados trabajando en una parcela y conduciendo agua desde la fuente hasta ella. Con tanta alegría como temor nos detuvimos; ellos experimentaron lo mismo que nosotros, probablemente, y sin decir palabra permanecieron inmóviles. Pasado un tiempo, el viejo preguntó: «¿Quiénes sois vosotros, extranjeros? ¿Sois acaso dioses marinos u hombres desdichados, como nosotros? Nosotros, siendo hombres y habiéndonos criado en la tierra, nos hemos convertido en seres marinos, y vamos por el agua en este monstruo que nos encierra, sin saber exactamente cuál es nuestra condición, pues imaginamos estar muertos, pero tenemos fe en que vivimos.» A esas palabras yo repliqué: «También nosotros somos hombres recién llegados, padre⁵¹, tragados ayer con la nave incluida, que nos hemos aproximado ahora, deseosos de saber qué había en el bosque, pues veíamos que era grande y espeso; mas un dios, al parecer, nos ha conducido a verte y enterarnos de que no somos los únicos prisioneros de este monstruo. Cuéntanos, pues, tu historia, quién eres y cómo has venido hasta aquí.» Pero él respondió que no hablaría ni nos haría preguntas antes de entregarnos los dones de hospitalidad de que disponía; y, tomándonos, nos condujo a su casa. Tenía las dimensiones suficientes y había construido también lechos de hojarasca y demás instalaciones. Nos ofreció hortalizas, frutos secos y peces y, además, nos escanció vino. Cuando nos hubimos saciado, nos preguntó qué nos había ocurrido. Yo se lo relaté todo puntualmente: la tempestad, lo de la isla, la navegación por el aire, la guerra y demás aventuras hasta nuestra inmersión en la ballena.

34 Él quedó maravillado en extremo, y nos contó por su parte su propia historia, diciendo: «Soy de origen chipriota, extranjeros; partí de mi patria por motivos comerciales con mi hijo, a quien veis, y muchos criados: navegaba rumbo a Italia transportando diversas mercancías en un gran navío, que seguramente habéis visto destruido en la boca de la ballena. Hasta Sicilia navegamos

⁴⁸ Cf. nota 40. Sobre su tamaño, cf. LUCIANO, *Diosa Siria* 28.

⁴⁹ Las ballenas gigantes no tienen dientes, sino barbas.

⁵⁰ 888 m.

⁵¹ Apelativo en señal de respeto al anciano.

felizmente, pero a partir de allí, arrebatados por un fuerte vendaval, fuimos lanzados, al tercer día, al Océano, donde nos encontramos con la ballena y fuimos tragados, nave y tripulantes; sólo nosotros dos nos salvamos, muriendo el resto. Tras sepultar a nuestros compañeros y edificar un templo a Posidón, adoptamos este género de vida, cultivando hortalizas y alimentándonos de peces y frutos secos. Como veis, el bosque es muy extenso y tiene incluso muchas vides, de las que se cosecha un vino dulcísimo. Sin duda visteis el manantial de agua en extremo hermosa y fresca. Construimos nuestros lechos de hojas, encendemos fuego abundante, cazamos las aves que vuelan por aquí dentro y capturamos los peces vivos saliendo hasta las branquias del animal, donde también nos bañamos cuando nos apetece. Hay también una laguna, no lejos de aquí, de veinte estadios⁵² de perímetro, con peces de todas las especies, en la que nos bañamos y navegamos en un pequeño bote que yo construí. Hace ya veintisiete años⁵³ que fuimos tragados.

35 »Todo podemos soportarlo, sin duda, pero nuestros vecinos y colindantes son tremendamente rudos y cargantes, pues son insociables y salvajes.» « ¡Cómo! —exclamé yo—, ¿hay también otros hombres en la ballena?» «Muchos, en efecto —respondió—, tan inhospitalarios como singulares en su aspecto. En la zona occidental del bosque, correspondiente a la cola, viven los saladores⁵⁴, tribu de ojos de anguila y rostro de bogavante, belicosa, cruel y carnívora. Al otro lado, junto al costado derecho, viven los tritoncabritos⁵⁵ en su parte superior semejantes a los hombres; en la inferior, a los peces espada, y son menos agresivos que los otros. A la izquierda están los manosdecangrejo⁵⁶ y cabezatunes⁵⁷, que han establecido un pacto de defensa y amistad recíprocas. En el interior viven los coladuras⁵⁸ y los aletasdebarbada⁵⁹, pueblos belicosos y grandes corredores. La zona de levante, junto a la boca, es desierta en su mayor parte, al ser arrasada por el mar. No obstante, yo vivo en ella, pagando a los aletasdebarbada un tributo de quinientas ostras al año.

36 »Así es el territorio: fijaos vosotros cómo podemos luchar contra tantas tribus y cómo sobrevivimos.» «¿Cuántos son todos ellos?», pregunté. «Más de un millar», contestó. «¿Y qué armas usan?» «Ninguna; sólo las espinas de los peces», repuso. «Entonces —apunté yo—, lo mejor sería enfrentarnos en combate con ellos, puesto que están desarmados y nosotros tenemos armas. Si les vencemos, viviremos sin temor el resto de nuestra vida».

Pareció bien el plan, y nos retiramos a la nave a prepararnos. La causa de la guerra iba a ser el impago del tributo, pues ya se cumplía el plazo fijado. Ellos mandaron una embajada reclamando el impuesto. Él contestó despectivamente y despidió a los emisarios. Primero los aletasdebarbada y los coladuras, indignados contra Escíntaro —que así se llamaba—, avanzaron con gran alboroto.

37 Nosotros, que sospechábamos su incursión, aguardábamos armados, tras establecer una avanzada oculta de veinticinco hombres. Se había ordenado a las fuerzas en emboscada que, tan pronto como vieran aparecer al enemigo, le atacaran, y así lo hicieron. Les atacaron por la espalda y los abatían mientras nosotros mismos, en número de veinticinco —pues Escíntaro y su hijo combatían a nuestro lado—, les salimos al frente y nos enzarzamos en la lucha, arrastrándola con coraje y potencia. Al final los pusimos en fuga y perseguimos hasta sus guaridas. Murieron ciento setenta enemigos, y uno de los nuestros, el piloto, al atravesar su espalda una espina de mújol.

38 Durante aquel día y la siguiente noche acampamos en el frente y elevamos un trofeo clavando en tierra una espina seca del delfín. Al día siguiente se presentaron también los otros, ya enterados, ocupando el ala derecha los saladores —con su jefe, Atunero—, la izquierda los cabezatunes, y el centro los manosdecangrejo (los tritoncabritos se mantenían neutrales, al no haber decidido aliarse por ninguna de ambas partes). Nosotros nos adelantamos a encontrarles, y trabamos combate junto al templo de Posidón, con gran griterío, y resonaba la cavidad como las cuevas.

⁵² 3.552 m

⁵³ Según eso, el hijo del navegante Escíntaro sería de una edad muy avanzada, lo que no cuadra con el contexto general.

⁵⁴ Griego *Tarichânes*.

⁵⁵ Griego *Trit5noméndetEs*; Tritón es una deidad marina, y *menas* es el nombre egipcio del cabrito según HERÓDOTO (II 46), pero en la descripción no aparece ningún rasgo cabruno.

⁵⁶ Griego *Karkinócheires*.

⁵⁷ Griego *Thynnoképhaloi*.

⁵⁸ Griego *Pagourídai*.

⁵⁹ Griego *Psēttópodes*.

Les pusimos en fuga, por ser ellos infantería ligera, les perseguimos hasta el bosque y terminamos adueñándonos de la tierra.

39 Al poco rato enviaban heraldos para retirar sus muertos y establecer una alianza, pero nosotros no aceptamos negociar, y al día siguiente avanzamos sobre ellos y exterminamos a todos por completo, excepto a los tritoncabritos. Pues éstos, cuando vieron lo que ocurría, huyeron por las branquias y se arrojaron al mar. Nosotros recorrimos el territorio, libre ya de enemigos, y desde entonces lo habitábamos sin temor, practicando casi siempre los deportes y la caza, vendimiando y recolectando los frutos de los árboles. En pocas palabras: parecíamos ser reos de una prisión enorme e infranqueable, de vida regalada y sin trabas. Un año y ocho meses vivimos de ese modo.

40 Mas al quinto día del noveno mes, hacia la segunda apertura de la boca —pues la ballena lo hacía una vez por hora, de modo que nosotros medíamos el tiempo por sus aperturas—; a la segunda apertura, como he dicho, oyóse de repente gran griterío y agitación, como órdenes y ruido de remos⁶⁰. Emocionados, nos encaramamos hasta la propia boca del animal y, en pie desde el interior de sus dientes, contemplábamos el espectáculo más insólito de cuantos he visto: hombres gigantes, dé medio estadio de altura, navegando sobre islas gigantes cual si de trirremes se tratase. Sé que mi relato rozará lo increíble, pero lo diré, no obstante. Eran islas alargadas, de no gran altura, de unos cien estadios de perímetro cada una. Sobre cada isla navegaban unos ciento veinte hombres como aquéllos; unos estaban sentados en hilera a ambos lados de la isla y remaban con grandes cipreses, con todas sus ramas y hojas, a guisa de remos⁶¹; atrás, en popa —por decirlo así—, estaba situado el piloto en una colina elevada, empuñando un timón de bronce de cinco estadios de largo. En proa combatían armados unos cuarenta de ellos; eran en todo semejantes a los hombres excepto en la cabellera: ésta era de fuego llameante, por lo que no necesitaban yelmos⁶². En lugar de velas, el viento al soplar sobre el bosque, abundante en cada isla, lo henchía y llevaba la isla adonde quería el piloto. Los remeros tenían su cómitre, y las islas se movían velozmente al compás de los remos, como las naves de guerra.

41 Al principio vimos sólo dos o tres, mas luego aparecieron unas seiscientas, y, tomando posiciones, luchaban y sostenían un combate naval. Muchas, abordándose con sus proas, se destruían entre sí, y muchas al sufrir el abordaje se hundían. Algunas se entrelazaban, combatían duramente, y no les era fácil separarse. Las fuerzas de proa demostraban su arrojo en el abordaje y la matanza, pues no se hacían prisioneros. En lugar de garfios de hierro se arrojaban entre sí grandes pulpos atados, y éstos se entrelazaban en el bosque y sujetaban la isla. Se arrojaban y herían con ostras del tamaño de un carro y esponjas de un pletro.

42 Mandaba un bando Eolocentauro⁶³, y el otro Bebemar⁶⁴. La batalla parecía haberse originado entre ellos a causa de un despojo: decíase que Bebemar había arrebatado muchos rebaños de delfines de Eolocentauro; así podía inferirse de las incriminaciones entre unos y otros y la mención, en sus gritos, de los nombres de los reyes. Terminaron venciendo los de Eolocentauro; hundieron alrededor de ciento cincuenta islas del enemigo y se apoderaron de otras tres con toda su tripulación; las restantes, tras ciar, huían. Los vencedores las persiguieron durante algún tiempo y, al atardecer, viraron hacia las destruidas, apresaron a la mayoría y se apoderaron de su flete. De ellos, se habían ido a pique no menos de ochenta islas. Elevaron también un trofeo por la batalla de las islas sobre la cabeza de la ballena, colocando sobre el poste una de las islas del enemigo. Aquella noche acamparon en torno al animal, tras atar a él las amarras y echar cerca las anclas. Usaban anclas enormes y resistentes, de vidrio⁶⁵. Al día siguiente hicieron un sacrificio sobre la ballena, enterraron en ella a sus amigos y zarparon contentos, entonando cánticos semejantes a peanes. Eso es cuanto ocurrió en la batalla de las islas.

⁶⁰ Cf. TUCÍDIDES, I 48.

⁶¹ HERÓDOTO (II 156) habla de una isla flotante en Egipto.

⁶² Cf. *Iliada* V 4.

⁶³ Griego *Aiolokéntauros*.

⁶⁴ Griego *Thalassopótes*.

⁶⁵ Cf. nota 43.

II

1 A partir de ese momento, no pudiendo ya soportar la vida en la ballena, molesto por la demora, intentaba hallar el medio de salir. Primero decidimos horadarla por el costado derecho y huir, y comenzamos a cortar, mas, luego de avanzar unos cinco estadios⁶⁶ sin éxito, dejamos la perforación y resolvimos incendiar el bosque, suponiendo que así la ballena moriría, en cuyo caso nos sería fácil la salida. Comenzamos, pues, a prender fuego a la altura de la cola, y durante siete días y otras tantas noches no se apercibió del incendio, mas al octavo y noveno notamos que se hallaba afectada, ya que abría la boca con mayor frecuencia y, una vez abierta, la cerraba rápidamente. Entre el décimo y undécimo inició su agonía y comenzó a oler mal. Al duodécimo comprendimos aún a tiempo que, si no se apuntalaba su dentadura al abrirla, de modo que ya no pudiera cerrarla, correríamos peligro de perecer aprisionados dentro de su propio cadáver. A tal fin apuntalamos su boca con grandes maderos y aprestamos la nave, tras hacer acopio de la mayor cantidad posible de agua y demás provisiones. Escíntaro iba a ser nuestro piloto.

Al día siguiente, ya había muerto.

2 Logramos remontar nuestro navío, lo deslizamos a través de los intersticios y, amarrado de los dientes, lo dejamos posarse suavemente en el mar. Subimos sobre el lomo del animal y, tras ofrecer un sacrificio a Posidón allí junto al trofeo⁶⁷ y acampar tres días —pues reinaba la calma—, al cuarto zarpamos. Por allí encontramos y abordamos muchos cadáveres de la batalla naval, y el comprobar sus dimensiones nos asombraba. Durante algunos días navegamos con brisa moderada, pero después se levantó un bóreas⁶⁸ impetuoso e hizo mucho frío, por cuya causa se heló todo el mar, no sólo en superficie, sino también en profundidad, hasta unas seis brazas, de suerte que podíamos descender de la nave y correr por hielo. Como seguía soplando el viento y no podíamos soportarlo, ideamos —a propuesta de Escíntaro— lo siguiente: excavamos en el agua una gran caverna y en ella permanecemos durante treinta días, manteniendo una hoguera encendida y alimentándonos de peces, pues los encontrábamos al cavar. Cuando se nos agotaron las provisiones, salimos al exterior, desembarrancamos la nave encallada, desplegamos el velamen, y la arrastramos, dispuestos a navegar deslizándonos suave y blandamente sobre el hielo. Al quinto día hacía ya calor, y el hielo se iba fundiendo y todo volvía a ser de nuevo agua.

3 Tras navegar alrededor de trescientos estadios⁶⁹ dimos con una pequeña isla desierta, en la que nos aprovisionamos de agua, que ya escaseaba, cazamos al arco dos toros salvajes, y zarpamos. Dichos toros no tenían los cuernos en la cabeza, sino bajo los ojos, como pretendía Momo⁷⁰. No tardamos mucho en llegar a un mar no de agua, sino de leche, en el que se divisaba una isla blanca, llena de vides: era la isla un enorme queso compacto, según luego averiguamos al comerlo, de veinticinco estadios de perímetro. Las vides estaban cargadas de racimos, pero en lugar de vino exprimíamos de ellos y bebíamos leche. Un templo se alzaba en medio de la isla, consagrado a Galatea⁷¹, la Nereida, según indicaba la inscripción. Todo el tiempo que allí permanecemos, la tierra fue nuestro pan y nuestra carne, y la leche de las vides nuestra bebida. Se decía que la reina de esas tierras era Tiro⁷², hija de Salmoneo, que, tras partir de su patria, recibió ese título de parte de Posidón.

4 Tras permanecer cinco días en la isla, al sexto partimos al impulso de una brisa, en medio de un mar ondulado. Al octavo día, cuando ya no navegábamos a través de la leche, sino en aguas de nuevo saladas y azules, avistamos muchos hombres que corrían sobre el mar, en todo semejantes a

⁶⁶ 888 m.

⁶⁷ Cf. I 42.

⁶⁸ Viento frío del N.

⁶⁹ 53.280 m.70

⁷⁰ Lugar común. El dios de la burla creía que el animal debía ver lo que hacía con sus naturales armas defensivas.

⁷¹ El nombre de la ninfa es relacionado con *gála* «leche».

⁷² Relación entre Tiro y *tyrós* «queso».

nosotros, tanto en forma como en talla, con la sola excepción de sus pies, que los tenían de corcho, por cuyo motivo sin duda eran llamados «corchópodos»⁷³. Nos admiramos al comprobar que no se hundían, sino que se mantenían en pie sobre las olas y avanzaban sin temor; algunos se acercaban y nos daban la bienvenida en lengua griega: decían dirigirse a Corcho⁷⁴, su patria. Durante algún trecho avanzaron con nosotros, caminando a nuestro lado; luego se apartaron de nuestra ruta y siguieron adelante, tras desearnos una feliz travesía.

Poco después dábamos vista a muchas islas. Cerca de nosotros, a babor, estaba Corcho, a la que aquéllos se dirigían, ciudad edificada sobre un gran corcho redondo: Lejos, y más a estribor, había cinco islas, muy grandes y elevadas, en las que ardían numerosas hogueras. Frente a proa había una, plana y baja, a una distancia no inferior a quinientos estadios⁷⁵.

5 Ya estábamos cerca, y una brisa encantadora soplaba en nuestro entorno, dulce y fragante cual aquella que, al decir del historiador Heródoto⁷⁶, exhala la Arabia feliz. La dulzura que llegaba hasta nosotros asemejábase a la de las rosas, narcisos, jacintos, azucenas y lirios, e incluso al mirto, el laurel y la flor de la vid. Deleitados por el aroma y con buenas esperanzas tras nuestras largas penalidades, arribamos poco después junto a la isla. En ella divisábamos muchos puertos en todo su derredor, amplios y al abrigo de las olas, y ríos cristalinos que vertían suavemente en el mar, y también praderas, bosques y pájaros canoros, cantando unos desde el litoral y muchos desde las ramas. Una atmósfera suave y agradable de respirar se extendía por la región, y dulces brisas de sople suave agitaban el bosque, de suerte que el movimiento de las ramas silbaba una música deleitosa e incesante, cual las tonadas de flautas pastoriles en la soledad. Al tiempo, percibiase un rumor de voces confusas e incesantes, no perturbador, sino parecido al de una fiesta, en que unos tocan la flauta, otros cantan, y algunos marcan el compás de la flauta o la lira.

6 Cautivados por todo ello nos detuvimos y, tras anclar la nave, descendimos, dejando en ella a Escíntaro y dos compañeros. Mientras avanzábamos a través de una pradera florida nos encontramos con los guardianes y patrullas, que nos ataron con coronas de rosas —ésta es, en su país, la más fuerte ligadura— y nos condujeron ante el soberano; de ellos supimos durante el trayecto que la isla se llamaba «de los Dichosos»⁷⁷, y gobernaba en ella el cretense Radamantis. Conducidos ya a su presencia, ocupamos el cuarto lugar entre quienes aguardaban juicio.

7 La primera causa era la de Ayante, hijo de Telamón, a fin de dirimir si debía integrarse con los héroes o no; era acusado de locura y suicidio: al fin, tras largas peroratas, falló Radamantis que, a la sazón, fuera confiado al médico Hipócrates de Cos para un tratamiento de eléboro⁷⁸, y que, más tarde, cuando hubiera recobrado la razón, participara del festín.

8 La segunda era un litigio amoroso entre Teseo y Menelao, que pleiteaban por Helena, para dirimir quién de ambos debía vivir con ella. Radamantis falló que viviera con Menelao, que tanto había sufrido y arriesgado por su matrimonio, mientras Teseo tenía otras esposas, la Amazona⁷⁹ y las hijas de Minos⁸⁰.

9 La tercera entendió acerca de la prelación entre Alejandro, hijo de Filippo, y Aníbal, el cartaginés; falló que Alejandro era más importante, y su trono fue colocado junto a Ciro I de Persia⁸¹.

10 En cuarto lugar fuimos conducidos nosotros. Él nos preguntó por qué motivo, aún en vida, habíamos penetrado en un recinto sagrado, y nosotros le contamos toda la historia en detalle; nos hizo salir, reflexionó largo rato y consultó con sus consejeros acerca de nosotros (le aconsejaba,

⁷³ Griego *Phellópodes*. Acéptese en éste, como en tantos otros casos, el compuesto híbrido en gracia a la expresividad del contexto.

⁷⁴ Griego *Phello*.

⁷⁵ 88.800 m.

⁷⁶ III 113.77

⁷⁷ Griego *tón Makáron*. El *locus amoenus* del contexto prepara la penetración en el mundo de los muertos dichosos, parte venturosa del Hades.

⁷⁸ Remedio de la locura según los antiguos (cf. HORACIO, *Sátiras* II 3 82).

⁷⁹ Hipólita.

⁸⁰ Ariadna y Fedra.

⁸¹ Cf. *Diálogos de los muertos* XXV.

entre otros muchos, Aristides el Justo, de Atenas). Cuando formó un juicio, sentenció que de nuestra intromisión y vagabundeo tendríamos cuentas después de muertos, mas que al presente permaneciéramos en la isla por un tiempo determinado y que, tras convivir con los héroes, nos marcháramos. Establecieron como plazo de nuestra estancia no más de siete meses.

11 A partir de aquel instante se desprendieron por sí solas nuestras coronas, con lo que quedamos en libertad, y fuimos introducidos en la ciudad y en el festín de los Dichosos. La ciudad propiamente dicha es toda de oro, y el muro que la circunda de esmeralda. Hay siete puertas, todas de una sola pieza de madera de cinamomo. Los cimientos de la ciudad y el suelo de intramuros es de marfil. Hay templos de todos los dioses, edificados con berilo, y enormes altares en ellos, de una sola piedra de amatista, sobre los cuales realizan sus hecatombes. En torno a la ciudad corre un río de la mirra más excelente, de cien codos regios⁸² de ancho y cinco de profundidad, de suerte que puede nadarse en él cómodamente. Por baños tienen grandes casas de cristal, caldeadas con brasas de cinamomo; en vez de agua hay rocío caliente en las bañeras.

12 Por traje usan tejidos de araña suaves y purpúreos: en realidad, no tienen cuerpos, sino que son intangibles y carentes de carne, y sólo muestran forma y aspecto. Pese a carecer de cuerpo, tienen, sin embargo, consistencia, se mueven, piensan y hablan: en una palabra, parece que sus almas desnudas vagan envueltas en la semejanza de sus cuerpos; por eso, de no tocarlos, nadie afirmaría no ser un cuerpo lo que ve, pues son cual sombras erguidas, no negras. Nadie envejece, sino que permanece en la edad en que llega. Además, no existe la noche entre ellos, ni tampoco el día muy brillante: como la penumbra que precede a la aurora cuando aún no ha salido el sol, así es la luz que se extiende sobre el país. Asimismo, sólo conocen una estación del año, ya que siempre es primavera, y un único viento sopla allí, el céfiro⁸³.

13 El país posee toda especie de flores y plantas cultivadas y silvestres⁸⁴. Las vides dan doce cosechas al año y vendimian cada mes; en cuanto a los granados, manzanos y otros árboles frutales, decían que producían trece cosechas, ya que durante un mes —el «minoico» de su calendario— dan fruto dos veces. En vez de granos de trigo, las espigas producen pan apto para el consumo en sus ápices, como setas. En los alrededores de la ciudad hay trescientas sesenta y cinco fuentes de agua y otras tantas de miel, quinientas de mirra —si bien éstas son más pequeñas—, siete ríos de leche y ocho de vino.

14 El festín lo celebran fuera de la ciudad, en la llanura llamada Elisio⁸⁵, un prado bellissimo, rodeado de un espeso bosque de variadas especies, que brinda su sombra a quienes en él se recuestan. Sus lechos están formados de flores, y les sirven y asisten en todo los vientos, excepto en escanciar vino: ello no es necesario, ya que hay en torno a las mesas grandes árboles del más transparente cristal, cuyo fruto son copas de todas las formas y dimensiones; cuando uno llega al festín, arranca una o dos copas y las pone a su lado, y éstas se llenan al punto de vino. Así beben y, en vez de coronas, los ruiseñores y demás pájaros canoros recogen en sus picos flores de los prados vecinos, que expanden cual una nevada sobre ellos mientras revolotean cantando. Y éste es su modo de perfumarse: espesas nubes extraen mirra de las fuentes y el río, se posan sobre el festín bajo una suave presión de los vientos, y desprenden lluvia suave como rocío.

15 Durante la comida se deleitan con poesía y cantos. Suelen cantar los versos épicos de Homero, que asiste en persona y se suma con ellos a la fiesta, reclinado en lugar superior al de Ulises. Los coros son de jóvenes y doncellas, dirigidos y acompañados en el canto por Énomo de Lócride, Arión de Lesbos, Anacreonte y Estesicoro. También a este último vi entre ellos, pues Helena ya se había reconciliado con él⁸⁶. Cuando éstos cesan de cantar, aparece un segundo coro de cisnes, golondrinas y ruiseñores, y cuando canta todo el bosque lo acompaña, dirigido por los

⁸² El codo tiene 0,444 m.

⁸³ Viento templado de Occidente.

⁸⁴ Juego de palabras. *Hēmeros* «cultivados» se relaciona con *hēméra* «claridad», y, en contraposición, *skierōs* «sombrio» pasa a significar «silvestre» en este contexto, con intención burlesca. El mundo de los muertos se caracteriza por estar envuelto en tinieblas.

⁸⁵ Cf. *Odisea* IV 561.

⁸⁶ Según la leyenda, Estesicoro atacó a Helena en sus versos, por lo que sus hermanos los Dioscuros lo cegaron; tras retractarse en su *Palinodia* (cf. PLATÓN, *Fedro* 243), recobró la vista y se reconcilió con ella.

vientos.

16 Pero el mayor goce lo obtienen de las dos fuentes que hay junto a las mesas, la de la risa y la del placer. De ambas beben todos al comienzo de la fiesta, y a partir de ese momento permanecen gozosos y risueños.

17 Quiero hablar ahora de los hombres famosos que allí vi. Se hallaban todos los semidioses y cuantos combatieron en Troya, excepto Ayante de Lócride, el único que, según decían, era castigado en el lugar de los impíos⁸⁷. De los bárbaros estaban los dos Ciro, el escita Anacarsis, el tracio Zamolxis y Numa el italiano. También estaban Licurgo el espartano, Foción y Telo de Atenas, y todos los sabios, excepto Periandro. Vi también a Sócrates, hijo de Sofronisco, charlando con Néstor y Palamedes; en torno suyo estaban Jacinto de Esparta, Narciso de Tespias, Hilas, y otros jóvenes hermosos. A mi parecer, tenía amores con Jacinto, pues era a él a quien más frecuentemente refutaba. Decíase que Radamantis estaba enojado con él, y le había amenazado reiteradamente con expulsarlo de la isla, si proseguía con sus charlas y se negaba a deponer su ironía y ser feliz. Tan sólo Platón no estaba allí, pues decían que habitaba en la ciudad que él mismo había imaginado, disfrutando de la constitución y las leyes que redactara.

18 Los seguidores de Aristipo y Epicuro ocupaban allí un lugar privilegiado, por ser dulces y agradables y resultar los mejores compañeros de festín. Estaba también Esopo el frigio, al que emplean como bufón; en cuanto a Diógenes de Sinope, había cambiado tanto de carácter, que se había casado con Lais, la cortesana, y además muchas veces, por efecto de la bebida, bailaba puesto en pie y gastaba bromas de borracho. No había allí ningún estoico, pues decíase que ya habían ascendido a la escarpada colina de la virtud; nos enteramos de que a Crisipo no se le había permitido acceder a la isla hasta que se sometió por cuarta vez a la cura del eléboro⁸⁸. Respecto de los académicos contábase que querían ir, mas aún permanecían deliberando, dado que aún no habían llegado a concluir si semejante isla existe. Por lo demás, creo entender que temían el juicio de Radamantis, dado que ellos habían invalidado el criterio de certeza. Contábase que muchos de ellos habían iniciado la marcha siguiendo a quienes allí se dirigían, pero quedaron rezagados por su lentitud, al ser incapaces de alcanzar nada, y se volvieron a medio camino.

19 Éstos eran los más destacados de allí. Honran sobremanera a Aquiles, y en segundo lugar a Teseo. En cuanto a la práctica del amor, mantienen el criterio de unirse abiertamente a la vista de todos, tanto con mujeres como con hombres, y en modo alguno ello les parece vergonzoso. Tan sólo Sócrates se deshacía en juramentos, asegurando que sus relaciones con los jóvenes eran puras, más todos le acusaban de perjurio, ya que con frecuencia el propio Jacinto o Narciso habían confesado, mientras él lo negaba. Las mujeres son todas de la comunidad y nadie siente celos de su vecino: en eso son superplatónicos. En cuanto a los jóvenes, se ofrecen a quienes los solicitan sin oponer resistencia.

20 Aún no habían transcurrido dos o tres días cuando me acerqué a Homero, el poeta, estando ambos ociosos, y le pregunté, entre otras cosas, de dónde era, pues esto es lo que más se investiga todavía hoy entre nosotros. Respondióme no ignorar que unos le creían de Quíos, otros de Esmirna, y muchos de Colofón, pero afirmó ser babilonio, y llamarse entre sus compatriotas no Homero, sino Tigranes: más tarde, al ser rehén en la Hélade, cambió de nombre. En cuanto a los versos rechazados como espurios, le pregunté si habían sido escritos por él, y me aseguró que todos eran suyos; condenaba, por tanto, la gran necedad de los gramáticos Zenódoto y y Aristarco. Cuando me hubo contestado suficientemente, volví a preguntarle por qué comenzó tratando de la «cólera», y él repuso que así se le ocurrió, sin intención alguna. También deseaba saber si había escrito la *Odisea* antes que la *Iliada*, como muchos sostienen, pero dijo que no. Supe también en seguida que no era ciego, como suele decirse: veía, de modo que no tuve necesidad de preguntarle. Muchas veces, en ocasiones posteriores, hice lo mismo, cuando lo veía inactivo: me acercaba y le hacía preguntas, y él me contestaba amablemente a todo, en especial después de ganar el proceso; pues había una querrela contra él por injurias, presentada por Tersites, en base a las burlas que le gastó en el poema, y venció Homero, con Ulises como defensor.

⁸⁷ Por haber forzado a Casandra.

⁸⁸ Cf. nota 13.

21 Por aquel entonces llegó también Pitágoras de Samos⁸⁹, que había conocido siete reencarnaciones y vivido en otros tantos cuerpos, tras concluir las transmigraciones de su alma. Era de oro toda su mitad derecha. Se le juzgó digno de compartir la ciudadanía con aquéllos, pero aún seguía discutiéndose si debía llamársele Pitágoras o Euforbo. Empédocles también acudió, lleno de quemaduras y todo el cuerpo asado⁹⁰, pero no fue admitido pese a sus muchas súplicas.

22 Con el tiempo llegaron los juegos del lugar, los Mortuorios⁹¹. Los presidían Aquiles, por quinta vez, y Teseo, por séptima. Los pormenores serían largos de contar, por lo que me referiré a los hechos más importantes. En la lucha venció Cárano, el descendiente de Heracles, tras combatir con Ulises por la corona; resolvióse en empate el pugilato entre Areo el egipcio, que está enterrado en Corinto, y Epeo; no hay allí premio para el pancracio; en cuanto a la carrera, no recuerdo quién ganó; de entre los poetas, Homero fue, con mucho, el mejor, pero ganó Hesíodo⁹². Los premios eran siempre una corona trenzada con plumas de pavo real.

23 Apenas habían concluido los juegos, llegó la noticia de que los condenados en el territorio de los impíos habían roto sus cadenas y derrotado a sus guardianes, y se dirigían contra la isla; los capitaneaba Fálaris de Acragante, Busiris el egipcio, Diomedes el tracio, Escirón y Pitiocamptes. Cuando Radamantis tuvo noticia de ello, colocó a sus héroes en la playa. Los capitaneaban Teseo, Aquiles y Ayante, hijo de Telamón, que ya había recobrado la cordura. Trabaron combate y vencieron los héroes, gracias a Aquiles sobre todo, pero destacó también Sócrates, colocado en el ala derecha, mucho más que cuando en vida combatiera en Delio, pues cuando cuatro enemigos fueron contra él no huyó ni alteró su semblante. Por ello, le fue concedida después una recompensa, un hermoso y amplio jardín en los alrededores de la ciudad, donde reunía a sus compañeros para conversar, que él llamaba la Academia de los muertos⁹³.

24 Capturaron a los vencidos, les encadenaron y devolvieron para sufrir aún mayores castigos. Describió esta batalla. Homero y, al marcharme, me dio el manuscrito para que lo transmitiera a los hombres de nuestro mundo, pero más tarde lo perdí con todo lo demás. El comienzo del poema decía así:

Ahora cántame, Musa, la batalla de los héroes del Hades.

A la sazón cocieron habas⁹⁴, como es costumbre allí cuando ganan la guerra, y celebraron la victoria con una gran fiesta. Sólo Pitágoras no tomó parte en ella, y se sentó aparte, sin probar bocado, ya que sentía aversión hacia las habas.

25 Habían ya transcurrido seis meses y estábamos a mediados del séptimo cuando estalló un conflicto: Cíniras, el hijo de Escíntaro, joven esbelto y atractivo, amaba desde tiempo atrás a Helena, y ésta no ocultaba su loca pasión por el joven; así, muchas veces se dirigían ambos señales en el banquete, se ofrecían brindis, se levantaban y paseaban solos por el bosque. Un día, impulsado por el amor y las dificultades, decidió Cíniras raptar a Helena, con la conformidad de ésta, y huir a una de las islas próximas, a Corcho o Quesia. Como cómplices habían elegido tiempo atrás a tres compañeros míos, los más audaces, pero a su padre no le confió su propósito, pues sabía que se lo hubiera impedido. Como lo habían decidido consumaron su plan: cuando llegó la noche, en mi ausencia, mientras me hallaba adormilado en el banquete, ellos se apoderaron de Helena sin ser vistos y rápidamente la embarcaron.

26 A medianoche se despertó Menelao y, al percatarse de que su mujer no estaba en el lecho, comenzó a dar voces, buscó a su hermano y se presentó ante el rey Radamantis. Al romper el día dijeron los atalayas que divisaban la nave a gran distancia. Entonces, Radamantis embarcó a

⁸⁹ Cf. *El Sueño o El Gallo*.

⁹⁰ Por su suicidio al arrojarse al Etna.

⁹¹ Gr. *Thanatoúsia*, parodia. *Thánatos* = «muerte».

⁹² Recuerdo del legendario certamen de Calcis de Eubea, en que venció Hesíodo a Homero por ser cantor de la paz.

⁹³ Griego *Nekrakademia*.

⁹⁴ Alusión a la fiesta ateniense de las Pianepsias, en honor de Apolo, en la que se comía cocido de habas y otras legumbres.

cincuenta de sus héroes en una nave de un solo tronco de asfódelo y ordenó su persecución. Éstos corrieron con ahínco y alrededor del mediodía les dieron alcance, cuando ya penetraban en la zona láctea del Océano, cerca de Quesia, a punto de escapar; ataron su nave con una cadena de rosas y regresaron. Helena lloraba avergonzada y cubría su rostro; en cuanto a Cíniras y los suyos, Radamantis les preguntó en primer lugar si tenían otros cómplices, y, como respondieran que no, les mandó atados de las vergüenzas al territorio de los impíos, tras azotarles antes con malvas.

27 Decretaron también que fuéramos expulsados de la isla antes del plazo, permitiéndonos permanecer sólo hasta el día siguiente. Entonces comencé yo a suplicar y a llorar por los bienes que iba a perder para vagar de nuevo, pero ellos me dieron ánimos diciendo que no tardaría muchos años en regresar a su lado, y me señalaron mi futuro trono y lecho junto a los más distinguidos. Me acerqué a Radamantis y le supliqué encarecidamente que predijera mi futuro y señalara el rumbo. Me respondió que llegaría a mi patria tras múltiples rodeos y peligros, mas no quiso precisar el momento de mi regreso; me señaló, sin embargo, las islas próximas —se divisaban cinco y había una sexta a lo lejos— y explicó que aquéllas, las cercanas, eran las de los impíos. «Son aquellas en que ves arder tan grandes hogueras —dijo—; en cuanto a la sexta, en la lejanía, es la isla de los Sueños. A continuación está la isla de Calipso, que ya no alcanzas a ver. Cuando las hayas bordeado, arribarás al gran continente que hay frente al que nosotros habitamos; allí vivirás numerosas aventuras, recorrerás toda clase de pueblos y vivirás con hombres insociables, hasta que, con el tiempo, llegues al otro continente.»

28 Ésas fueron sus palabras; arrancó de la tierra una raíz de malva y me la ofreció, diciéndome que la invocara en los más graves peligros; me aconsejó también que, si regresaba a este país, no atizara el fuego con un cuchillo, ni comiera altramuces, ni me uniera a un joven mayor de dieciocho años⁹⁵, ya que, de observar estos consejos, podría tener esperanzas de regresar a la isla.

A partir de entonces preparé el viaje y, en el tiempo señalado, participé con ellos del festín. Al día siguiente me dirigí a Homero, el poeta, y le rogué que me compusiera un dístico para grabarlo; cuando lo hubo compuesto, coloqué una estela de berilo junto al puerto y lo grabé. La inscripción decía:

*Todo esto Luciano, amado de los felices dioses,
vio, y partió de regreso a su tierra nativa.*

29 Permanecí también aquel día, y al siguiente zarpé, escoltado por los héroes. En aquel momento se me acercó Ulises, a escondidas de Penélope, y me dio una carta para que la llevara a la isla Ogigia, para Calipso. Radamantis envió conmigo al piloto Nauplio, a fin de que, de detenernos en las islas, nadie nos apesara pensando que íbamos allí por otro negocio.

Tan pronto avanzamos y dejamos atrás el aire perfumado, nos salió al paso un olor terrible, como de asfalto, azufre y pez, que abrasaba al tiempo, y un aroma atroz e insoportable, como de hombres asados; el aire estaba sombrío y neblinoso, y de él se desprendía un rocío de pez. Al tiempo, oíamos el chasquido de látigos y el lamento de muchos hombres.

30 No arribamos a las otras islas, pero aquella en que desembarcamos era por doquier rocosa y pelada, árida entre peñas y riscos, y no había ni un árbol, ni agua. Trepamos, sin embargo, por las rocas y avanzamos por un sendero lleno de espinos y abrojos, resultando el país sumamente feo. Mientras nos dirigíamos al recinto y lugar de castigo, nos impresionaba ante todo la contextura del terreno. El suelo mismo hallábase por doquier sembrado de cuchillos y picas, y en derredor fluían tres ríos, uno de fango, otro de sangre y otro interior de fuego; este último, enorme e invadeable, fluía como agua y formaba oleaje como el mar, y tenía muchos peces, unos semejantes a antorchas, y otros, pequeños, a carbones encendidos: les llamaban «lamparillas»⁹⁶.

31 Existía una sola y estrecha vía de penetración a través de todos los obstáculos, y en ella montaba guardia Timón el ateniense. Pasamos, sin embargo, conducidos por Nauplio, y vimos cómo muchos reyes sufrían castigos, al igual que muchos particulares. De todos ellos reconocimos

⁹⁵ El primero es un precepto pitagórico; los otros dos son burlas lucianescas, al parecer.

⁹⁶ Griego *lýchniskoi*.

en ocasiones a algunos: vimos, por ejemplo, a Cíniras envuelto en humo, colgado de sus verguenzas. Explicaban los guías la vida de cada uno y las faltas por las que eran castigados; las más severas penas recaían sobre los aficionados a mentir en vida y quienes no escribieron la verdad, entre los que se contaban Ctesias de Cnido, Heródoto y otros muchos. Al verles, concebí buenas esperanzas para el futuro, pues jamás dije yo una mentira a sabiendas.

32 Rápidamente, pues, emprendí el regreso a la nave, ya que no podía soportar el espectáculo; me despedí de Nauplio, y zarpé. Al poco tiempo veíase de cerca la isla de los Sueños, oscura y de aspecto impreciso, asemejándose ella misma en cierto modo a los sueños, pues retrocedía cuando nos acercábamos, huía y se apartaba un buen trecho. Dímosle alcance al fin y, tras penetrar en el llamado Puerto de Hipno⁹⁷, desembarcamos cerca de las Puertas de Marfil⁹⁸, donde está el templo del Gallo⁹⁹, caída ya la tarde. Penetramos en la ciudad y vimos muchos sueños de toda especie. En primer lugar, quiero referirme a la ciudad, ya que nadie ha escrito acerca de ella, y Homero¹⁰⁰, el único que la mencionara, no tocó el tema con mucha exactitud,

33 En torno a ella, por doquier, se extiende un bosque; los árboles son altas adormideras y mandrágoras, y sobre ellas hay gran número de murciélagos, siendo éste el único ser alado que existe en la isla. Un río corre allí Cerca, al que ellos llaman Noctámbulo¹⁰¹, y hay dos fuentes junto a las puertas, llamadas Dormilona¹⁰² y Todanoche¹⁰³. El muro de la ciudad es alto y policromo, muy semejante en color al arco iris; las puertas que hay en él no son dos, como dice Homero, sino cuatro: dos miran al llano de la Blandura¹⁰⁴ (una es de hierro y la otra de barro), por las que, según decían, salen los sueños terroríficos, criminales y molestos; y dos dan al puerto y el mar (una de cuerno y otra de marfil, por la que nosotros penetramos). Al entrar en la ciudad, a la derecha está el templo de la Noche —pues ésta es la divinidad que más veneran, así como el Gallo, cuyo santuario está edificado cerca del puerto—, y a la izquierda el palacio de Hipno. Éste reina en el país y ha nombrado dos sátrapas y gobernadores, Sueñospesado¹⁰⁵, hijo de Fútil¹⁰⁶, y Acaudalado¹⁰⁷, hijo de Fantasión¹⁰⁸. En el centro de la plaza hay una fuente a la que llaman Amodorrada¹⁰⁹, y cerca hay dos templos, el de la Falsedad y el de la Verdad: allí tienen ellos su lugar sacrosanto y su oráculo, donde ejercía como profeta Antifonte¹¹⁰, el intérprete de los sueños, que había recibido este cargo de Hipno.

34 En cuanto a los sueños propiamente dichos, ni su naturaleza ni su aspecto eran siempre idénticos: unos eran altos, hermosos y de buen ver, mientras otros eran pequeños y feos; unos parecían ser de oro, mientras otros eran humildes y mezquinos; había entre ellos algunos alados¹¹¹ y portentosos, y otros ataviados como para un cortejo, caracterizados unos de reyes, otros de dioses, otros de diversos personajes. A muchos de ellos los reconocimos, pues en tiempos pasados los habíamos visto en casa, y éstos se acercaban a saludarnos, tratándonos con familiaridad, y, tras tomarnos y hacernos dormir, nos dispensaban una excelente y esmerada hospitalidad, preparando una magnífica acogida en todos los aspectos y prometiendo hacernos reyes y sátrapas; algunos hasta nos conducían a nuestras tierras, nos mostraban a nuestros seres queridos, y en el mismo día nos hacían regresar.

⁹⁷ *Hýpnos* en griego significa «sueño» como estado, frente a *óneiros* «sueño» como visión.

⁹⁸ Cf. HOMERO, *Odisea* XIX 560 ss. Los sueños que salen por las Puertas de Marfil son engañosos, frente a los que lo hacen por las Puertas de Cuerno, que son veraces.

⁹⁹ El gallo, heraldo del día, aparece asociado al mundo de los sueños.

¹⁰⁰ Cf. nota 32.

¹⁰¹ Griego *Nyktíporos* = «el que avanza en la noche».

¹⁰² Griego *Negretos*.

¹⁰³ Griego *Pannychia*. Alusión a las dos fuentes de Troya (*Iliada* XXII 147 ss.).

¹⁰⁴ Griego *Blakeías pedíon*.

¹⁰⁵ Griego *Taraxiōn*. Alude a la perturbación del sueño agitado.

¹⁰⁶ Griego *Mataiogénēs*, literalmente «de vano linaje».

¹⁰⁷ Griego *Ploutoklēs*, apuntando a los sueños de riquezas (cf. *Gallo*).

¹⁰⁸ Griego *Phantasiōn*. L. GIL traduce «Fantasmón».

¹⁰⁹ Griego *Kareōtis*.

¹¹⁰ Tal vez el sofista enemigo de Sócrates, autor de un tratado sobre la interpretación de los sueños.

¹¹¹ Los sueños eran imaginados provistos de alas; cf. EURÍPIDES, *Hécuba* 70; OVIDIO, *Metamorfosis* XI 656.

35 Durante treinta días y otras tantas noches permanecemos con ellos, deleitándonos con los sueños. Luego, al estruendo inesperado de un trueno ensordecedor, despertamos, nos levantamos y partimos tras acopiar provisiones.

Al tercer día de nuestra partida arribamos a la isla Ogigia y desembarcamos. Primero, yo mismo abrí la carta y leí el texto. Decía así: «Ulises a Calipso, salud. Debes saber que, tan pronto zarpé de tu tierra, construida mi balsa, tuve un naufragio y a duras penas logré llegar a salvo, gracias a Leucótea, al país de los feacios, que me devolvieron a mi patria, donde encontré a numerosos pretendientes de mi mujer gozando de mi casa y hacienda; tras conseguir darles muerte a todos, fui posteriormente abatido por Telégono, el hijo que tuve de Circe, y ahora estoy en la isla de los Dichosos, totalmente arrepentido de haber abandonado mi vida junto a ti y la inmortalidad que me habías prometido; por tanto, en cuanto tenga oportunidad huiré y llegaré junto a ti.» Éste era el texto de la carta, y añadía, respecto a nosotros, que nos diese acogida.

36 Yo avancé un corto trecho desde el mar y descubrí la cueva, tal como Homero¹¹² la describiera, y a Calipso trabajando la lana. Tomó la carta, la leyó, estuvo llorando largo rato primero, y después nos brindó su hospitalidad, nos dio un espléndido festín y nos preguntó acerca de Ulises, y también de Penélope, cómo era ella físicamente y si era discreta, como Ulises se ufana en proclamar antaño¹¹³. Nosotros le dimos las respuestas que estimamos iban a complacerla. Tras esto, regresamos a la nave y dormimos cerca de allí, junto al litoral.

37 A la aurora zarpamos, al aumentar la fuerza del viento. Bajo la tempestad por dos días, al tercero vinimos a dar con los calabazapiratas¹¹⁴. Son, éstos, salvajes de las islas vecinas, que apresan a cuantos navegan por allí. Tienen grandes naves, hechas de calabazas, de unos sesenta codos de eslora; pues después de secar la calabaza la vacían, eliminando la parte interior, y navegan en ella, utilizando mástiles de caña, y por vela la hoja de calabaza. Nos atacaron dos tripulaciones, lucharon con nosotros y nos hirieron a muchos, disparándonos, en vez de piedras, semillas de calabaza. Luego de luchar mucho tiempo equilibradamente, a mediodía vimos, tras los calabazapiratas, aproximarse a los nueznautas¹¹⁵; eran enemigos entre sí, como lo demostraron, pues tan pronto aquéllos se apercibieron de su proximidad, se desentendieron de nosotros, viraron y les plantaron combate.

38 Nosotros, al tiempo, enarbolamos nuestro velamen y huimos, dejándoles a ellos en plena lucha; y era evidente que iban a vencer los nueznautas, ya que eran más numerosos —tenían cinco tripulaciones— y luchaban desde naves más robustas: seis embarcaciones eran medias cáscaras de nueces vacías, y el tamaño de cada mitad equivalía, en longitud, a quince brazas¹¹⁶. Una vez que les perdimos de vista, curamos a los heridos, y a partir de entonces solíamos permanecer armados, aguardando siempre algún ataque. Y no fue en vano.

39 En efecto, aún no se había puesto el sol, cuando desde una isla desierta avanzaron contra nosotros una veintena de hombres cabalgando sobre grandes delfines, piratas ellos también. Los delfines los transportaban con toda seguridad, corveteaban y relinchaban como caballos. Cuando se hallaban cerca, se dividieron a ambos lados, y nos atacaban con jibias secas y ojos de cangrejo; pero cuando nosotros les disparamos flechas y dardos no resistieron, y, heridos la mayoría de ellos, huyeron hacia la isla.

40 Hacia medianoche, reinando la calma, abordamos inesperadamente un nido descomunal de un alción: en efecto, tenía sesenta estadios¹¹⁷ de circunferencia y navegaba en él la hembra empollando los huevos; ésta no era mucho menor que el nido; así, al desplegar el vuelo, estuvo a punto de sumergir la nave con el viento de sus alas. Emprendió, por tanto, la huida, emitiendo un graznido quejumbroso. Penetramos nosotros cuando el día comenzaba a romper y observamos el nido, semejante a una gran balsa, construido con enormes árboles. Había en su interior quinientos

¹¹² *Odisea* V 55 ss.

¹¹³ *Odisea* V 201 ss.

¹¹⁴ Griego *Kolokynthopeirataí*.

¹¹⁵ Griego *Karyonáutai*.

¹¹⁶ Una *orgyía* o «brazo» tiene 1,776 m

¹¹⁷ 10.656 m.

huevos, cada uno de ellos de mayor tamaño que una tinaja de Quíos¹¹⁸; ya se transparentaban los polluelos desde dentro y piaban. A hachazos logramos partir uno de los huevos y extrajimos una cría sin plumas, de mayor tamaño que veinte buitres.

41 Mientras navegábamos, distantes ya del nido unos doscientos estadios¹¹⁹, se nos manifestaron grandes y admirables prodigios: el mascarón de popa en forma de cisne, de repente, cubrióse de plumas y comenzó a emitir graznidos, y el piloto Escintaro, que era calvo, volvió a tener melena¹²⁰; pero lo más sorprendente de todo fue que el mástil de la nave rebrotó, echó ramas y se cargó de frutos en la copa; los frutos eran higos y uvas negras aún no maduras¹²¹. Al ver todo aquello, como es lógico, nos sobresaltamos e invocábamos a los dioses, dado lo insólito del fenómeno.

42 Aún no habíamos avanzado quinientos estadios cuando divisamos un vasto y espeso bosque de pinos y cipreses; nosotros imaginamos que era tierra firme, mas era un mar insondable poblado de árboles sin raíces, aun cuando los árboles se erguían inmóviles, rectos como si flotaran verticales. Nos aproximamos y, tras considerar todas las posibilidades, permanecíamos en duda acerca de la decisión a tomar, pues navegar a través de los árboles no era posible, dado su grosor y espesura, y dar la vuelta no parecía fácil; yo subí al árbol más alto, oteé lo que había a continuación y vi que el bosque se extendía unos cincuenta estadios o algo más, y después seguía otro océano. Decidimos, por tanto, elevar la nave hasta las copas de los árboles, que eran espesas, e intentar transportarla por arriba hasta el mar siguiente; y así lo hicimos. La atamos a un gran cable y, subidos en los árboles, logramos izarla con gran esfuerzo; tras posarla sobre las ramas, desplegamos las velas y navegábamos como en el mar, movidos a impulso del viento. A la sazón vino a mi mente aquel verso de Antímaco, que dice en un pasaje:

*A aquellos que navegan por sendas nemorosas*¹²².

43 Venciendo la resistencia del bosque logramos llegar al agua y, tras colocar la nave en la misma posición, navegábamos a través de un agua pura y transparente, hasta que llegamos al borde de una enorme grieta producida por el agua que se escindía, como los cortes que vemos con frecuencia en la tierra, producidos por los terremotos. La nave, pese a que nosotros amainamos las velas, no pudo detenerse fácilmente, y a punto estuvo de precipitarse. Nos asomamos nosotros y vimos una sima de unos mil estadios¹²³, sobremanera horrible y prodigiosa, pues el agua quedaba detenida, como cortada. Miramos en derredor y vimos a la derecha, no muy lejos, un puente de unión de agua, que enlazaba ambos piélagos por la superficie, fluyendo de un mar a otro. Al impulso de los remos intentamos cruzar por él y con gran esfuerzo lo atravesamos, cosa que no creímos poder conseguir.

44 A partir de allí nos aguardaba un mar suave y una isla no demasiado grande, de fácil acceso y habitada. La poblaban unos salvajes, los bucéfalos 124, dotados de cuernos, de modo semejante a nuestras representaciones del Minotauro. Desembarcamos y penetramos con el propósito de aprovisionar agua y conseguir alimentos, pues los habíamos agotado. Agua encontramos inmediatamente, y no parecía haber alguna otra cosa, excepto frecuentes mugidos, que se oían no muy lejanos; en la creencia de que era una manada de bueyes, avanzamos lentamente y vinimos a dar con los hombres descritos. Ellos, en cuanto nos vieron, nos persiguieron y capturaron a tres de nuestros compañeros, mientras los demás logramos huir hacia el mar. A continuación, una vez todos armados, resueltos a no dejar sin venganza a nuestros amigos, atacamos a los bucéfalos mientras se repartían las carnes de las víctimas. Los pusimos en fuga y perseguimos a todos, matando a unos cincuenta, y capturamos vivos a dos de ellos; entonces emprendimos el regreso con nuestros prisioneros, aunque sin hallar alimento alguno. Todos me instaban a degollar a los

¹¹⁸ El *choús*, medida para líquidos, tenía 3,24 l.

¹¹⁹ 35.520 m.

¹²⁰ Por el *contagium* mágico del ambiente.

¹²¹ Cf. *Himno homérico* VII 38.

¹²² *Fr.* 62 KINKEL.

¹²³ 177.600 m.

cautivos, pero yo no accedí: mandé atarles y los vigilaba, hasta que llegaron embajadores de parte de los bucéfalos solicitando los prisioneros a cambio de rescate; les entendíamos por sus movimientos de cabeza y mugidos quejumbrosos como de súplica. El rescate consistía en gran cantidad de quesos, pescados secos, cebollas y cuatro ciervas, que tenían sólo tres patas, dos de ellas traseras, pues las delanteras habíanles nacido unidas. A cambio de ello les devolvimos a los presos y, tras permanecer un día, zarpamos.

45 Ya comenzábamos a ver peces, los pájaros volaban por allí, y aparecían todos los demás indicios de estar cerca de tierra. Poco después vimos a unos hombres que practicaban un modo insólito de navegación, pues eran a la vez marineros y embarcaciones. Explicaré su modo de navegar: yacían boca arriba sobre el agua, enarbolaban sus miembros viriles —que poseen de gran tamaño—, extendían el velamen desde ellos, sujetaban las cuerdas con sus manos y navegaban impulsados por el viento; otros seguían a éstos sentados en corchos, con un par de delfines uncidos, que arreaban y conducían; al avanzar los delfines arrastraban los corchos. Estos ni nos atacaron ni huyeron, sino que conducían sin temor y en paz, mientras admiraban la forma de nuestra embarcación y la observaban por todas partes.

46 Ya de noche, llegamos a una isla de no grandes dimensiones, habitada por mujeres —según creímos— que hablaban griego. Se acercaron, nos saludaron y abrazaron. Ataviadas muy a la usanza cortesana, eran todas hermosas y jóvenes, vestidas con túnicas telares.

La isla se llamaba Hechicería¹²⁵, y la ciudad, Canal de Agua¹²⁶. Tomó cada mujer a uno de nosotros, nos llevó a su casa y nos hizo su huésped. Yo marché aparte un momento, pues no sospechaba nada bueno, y observando con más atención vi muchos huesos y calaveras humanas esparcidos por tierra. No me pareció oportuno lanzar el grito, reunir a los compañeros y empuñar las armas, pero tomé entre mis manos la malva y le imploré repetidas veces escapar de aquellos males. Poco después, mientras mi anfitriona me servía, vi que no tenía piernas de mujer, sino cascos de asno. Entonces desenvainé mi espada, la reduje y até, y le pregunté por la totalidad de sus planes. Contra su voluntad terminó confesando que ellas eran mujeres del mar, llamadas «perniburras»¹²⁷, y que se alimentaban de los extranjeros que las visitaban. «Después de emborracharlos nos acostamos con ellos y les atacamos mientras duermen». Tras escuchar su relato, la dejé allí atada, subí al terrado y me puse a gritar, llamando a mis compañeros. Cuando acudieron se lo expliqué todo, les mostré los huesos y los introduje junto a la que tenía atada, pero ella al punto se volvió agua y desapareció. Sin embargo, introduje mi espada en el agua para probar, y se volvió sangre.

47 Rápidamente, pues, regresamos a la nave y zarpamos. Cuando la luz del día comenzó a brillar, avistamos tierra y creímos que era el continente opuesto al que nosotros habitamos. Tras postrarnos y rezar, comenzamos a pensar en el futuro. Algunos proponían desembarcar tan sólo y dar la vuelta de nuevo; otros, dejar la nave allí, penetrar hasta el interior del territorio y tomar contacto con sus habitantes. Mientras debatíamos esta cuestión sobrevino una fuerte tempestad, que estrelló la embarcación contra el litoral y la destruyó. En cuanto a nosotros, nadamos con dificultad, tras hacernos con las armas y salvar cada cual lo que pudo.

Esto es cuanto me ocurrió hasta que llegué al otro continente¹²⁸, en el mar, a lo largo de mi viaje por las islas y el aire, y tras él en la ballena; y, después que logramos salir, entre los héroes y los sueños, y por último entre los bucéfalos y las perniburras. Lo que ocurrió en el otro continente lo relataré en los libros que siguen¹²⁹.

¹²⁵ Griego *Kabaloûsa*. Son inciertas tanto la forma definitiva (según los mss, y ed.) como la significación de este nombre, así como las del siguiente.

¹²⁶ Griego *Hydamargía*.

¹²⁷ Griego *Onoskeleís*.

¹²⁸ Intuición geográfica de los antiguos.

¹²⁹ Ésta es la mayor mentira, como apunta el escoliasta, pues este libro no estuvo, sin duda, en el ánimo de Luciano escribirlo jamás.